

¡Que paguen ellos!

Por la gratuidad del préstamo en las bibliotecas públicas

texto de Antonio García Vila

La culta y avanzada Europa no quiere que la vieja España se quede a la zaga de la modernidad. Cual padre severo pero justo, mira con rigor al vástago díscolo y le reconviene: eso no se hace. Y, efectivamente, nos castiga. La Unión Europea sanciona a España y a otros países mediterráneos. ¿La falta cometida? Imperdonable: prestamos libros en las bibliotecas públicas gratis.

Los bibliotecarios –y no sólo ellos– ya han hecho correr la voz de alarma. Se pretende implantar un canon en las bibliotecas públicas para satisfacer los derechos de autor. Los datos aún son confusos, el modelo aplicable tampoco está decidido, pero la intención es clara y las consecuencias previsibles. Europa cuenta con un sistema bibliotecario que España aún no ha igualado, nuestros índices de lectura son grotescos y, sin embargo, aún parece demasiado: restringamos más la autonomía económica bibliotecaria, reduzcamos sus presupuestos y veamos qué sucede. ¿Se imaginan los resultados?

Los días 21 y 22 de febrero se llevaron a cabo en Guadalajara unas jornadas sobre ese supuesto incumplimiento de la directiva 92/100 sobre derechos de alquiler y préstamo. Según la ilustrada Europa las bibliotecas públicas han de pagar un canon por el préstamo de libros –como si no hubiesen pagado ya los derechos de autor al comprarlos–. La consecuencia inmediata de esta imposición, si se sigue, por ejemplo, el modelo francés, sería la pérdida de un porcentaje próximo al 50% del total del presupuesto dedicado a la adquisición de libros: no parece un mal principio. En dichas jornadas se organizaron 6 mesas de trabajo para coordinar distintas acciones y proyectar actuaciones que implicaran a los

distintos grupos sociales a los que se consideraba necesario movilizar y concienciar. Las conclusiones de las distintas mesas fueron, lógicamente, coincidentes, y abarcaban desde la recogida de firmas o la protesta diaria en las mismas bibliotecas, a la previsión de ulteriores análisis que recojan datos concretos de los presupuestos bibliotecarios, la relación entre préstamos y ventas de libros, o los gastos de la Administración en ayudas, premios o subvenciones al sector del libro, dentro de una campaña muy amplia que afectaría tanto a autores como a libreros, editores, distribuidores, usuarios y bibliotecarios.

En definitiva: se trata de mostrar que la directiva de 1992 que regula los derechos de alquiler y préstamo de obras de creación admite, en su artículo 5.3, la posibilidad de que los Estados eximan del pago a ciertos establecimientos, como las bibliotecas; pero, para ello, es preciso dar a conocer la situación que se avecina, provocar un debate serio y extraer las conclusiones pertinentes. De momento no ha sucedido nada de eso. O, ¿acaso no merece la pena?

Lo cierto es que todo ello nos conduce a reflexionar tanto sobre las bibliotecas que tenemos –o queremos– como sobre la sociedad que las fomenta o estrangula. El

salto a la sociedad de la información, el paso apresurado que algunos quieren dar de la galaxia Gutenberg a la Marconi nos ha llevado a dinamitar desde dentro algunos objetivos tradicionales pero absolutamente primordiales de las bibliotecas. Ahora lo “moderno” es incluir en los catálogos juegos de ordenador, discos de Melody o películas de vídeo. Sin embargo los presupuestos no aumentan proporcionalmente. Cada juego significa que no se adquieren materiales ya tan obsoletos y caducos como los viejos libros, pero, ¿es que alguien lee en este país? No nos hacemos ilusiones. El número de usuarios reales de las bibliotecas, es decir, aquellos que acuden a ellas no para estudiar sus apuntes sino para consultar y

**Trabajamos
cuando estamos
en la fábrica y
trabajamos
cuando
disfrutamos de
nuestro tiempo
libre: ¿por qué no
“producir”
también
cuando vamos
a la biblioteca?**

usar los fondos de las mismas, es escaso; más aún: los auténticos lectores son una ínfima minoría. La mayor parte de los libros leídos carecen de valor “cultural” alguno, son productos de despojo intelectual que no pueden engañarnos: se lee poco y mal. Nada solucionan en este sentido las insultantes campañas promocionales: no es cuestión de publicidad, es una tarea educativa general que ha de iniciarse desde niños, ha

de incumbir a colegios y padres y ha de abarcar no sólo la lectura, sino la formación integral del ciudadano en una verdadera sociedad democrática. De nada sirve leer novelas –ni tener acceso a Internet– si somos incapaces de “entender” un periódico o de “deconstruir” un telediario. Pero todo esto no nos da derecho a tirar la toalla, a claudicar tan pronto. El problema, aparte de los inmediatos (un parón en la modernización bibliotecaria, pérdida de usuarios, menor adquisición de novedades, desnaturalización de su sentido, etc.) es el carácter de síntoma que delata un mal de ya muy difícil solución. Con su habitual lucidez Marx, hace más de siglo y medio, previó la situación actual: “Llegó por fin un tiempo en el cual todo lo que los hombres habían considerado inalienable llegó a ser objeto de cambio, de tráfico, y podía enajenarse. Es el tiempo en el cual las mismas cosas que antes se transmitían,

nunca, sin embargo, se cambiaban; se daban, pero no se vendían; se adquirían, pero no se compraban: virtud, amor, opinión, ciencia, conciencia, etc.; todo, en fin, pasó al comercio. Es el tiempo de la corrupción general, de la venalidad universal, o, hablando en términos de economía política, el tiempo en el cual toda cosa, moral o física, al convertirse en valor venal, se lleva al mercado para apreciarla en su más justo valor”. Vicente Verdú, en su más reciente ensayo sobre la vida en el capitalismo de ficción, no tiene más que constatarlo: “El capitalismo ha ido convirtiendo en mercancía todo cuanto encontraba. Cualquier cosa, desde la alimentación al afecto, desde la cultura a la política, ha venido siendo calibrada, tasada y negociada como un bien comercial. A partir del capitalismo de ficción, sin embargo, ese tratamiento ha llegado hasta la vida misma para convertirla en espectáculo: en absoluto reality show”. Nos encontramos de lleno en la sociedad del riesgo, en esa segunda modernidad caracterizada por la individualización de la que habla Ulrich Beck. Ya ni el trabajo, ni la familia, ni los partidos, ni los sindicatos conforman nuestras biografías: es el mercado. Arrojos al mercado por ese “experimento social” (Polanyi) que es el capitalismo ya nada permanece “ocioso”: trabajamos cuando estamos en la fábrica y trabajamos cuando disfrutamos de nuestro tiempo libre: ¿por qué no “producir” también cuando vamos a la biblioteca? Ese mínimo reducto que, hasta ahora, había permanecido al margen de la voracidad bulímica del mercado, arriá también su bandera: se da por vencido. También los mercaderes pondrán sus sucias garras en nuestros libros y mancharán sus páginas. Términos como promoción de la cultura, espíritu o educación quedarán definitivamente desprestigiados. El ministerio seguirá manejando millonarios presupuestos, los gobiernos de las Autonomías harán campañas publicitarias y los ayuntamientos cobrarán unos impuestos que irán a parar a quien corresponda: ¿qué más da? Ya no habrá, sin embargo, novedades en los estantes de nuestras bibliotecas. Habrá también, desde luego, menos lectores, pero: ¿de verdad tiene eso alguna importancia? La máquina, eso sí, sigue en marcha. El sonido de las monedas tintinea en los oídos y las palabras pierden su sentido. Renunciamos a nuestra historia, olvidamos a Voltaire y a los enciclopedistas y prescindimos del buen Kant: ya no nos interesa escapar de nuestra “minoría de edad autoculpable”. Las “Luces” se han apagado y no hay tiempo ya para pensar. Hemos llegado, por fin, al Paraíso. Bienvenidos■